

prueba teológica ó aquella que estriba en el consentimiento universal de todos los pueblos: examinó la prueba psicológica ó aquella que estriba en la existencia de la idea de lo perfecto en el alma; examinó la prueba cosmológica ó aquella que estriba en la contingencia del mundo y en la necesidad de un Creador; examinó luégo la prueba ontológica ó aquella que estriba en la existencia de los seres finitos, de la cual se deriva la existencia de un sér infinito; y halló todas estas pruebas ó ilógicas, ó deficientes, ó pecando por algun lado contra las leyes del raciocinio. Pero cuando luégo descendió á la razon práctica, y se encontró con que no podia explicar ninguna verdad, con que no podia fundar ninguna ley moral sin la idea de Dios, dijo: la idea de Dios es una idea de evidencia necesaria.

Pues, señores Diputados, *si licet in parvis exemplis grandibus uti*, si es lícito acomodar las leyes de la metafísica á nuestras estrechas ciencias sociales, yo debo decir esto que me parece una gran verdad: los pueblos que necesitan un Rey, no lo discuten. Los pueblos que discuten un Rey, es porque no lo necesitan.

La Monarquía tiene algo de sobrenatural y de divino: el misterio la ha engendrado, el cielo la ha poseído; sus primeros fundadores se confunden con los dioses y sus primeras hazañas se confunden con la epopeya y con la fábula: los sacerdotes son la vanguardia de su ejército; el templo, parte integrante de su palacio: los huesos de los mártires de la ley y de la patria, forman la base de su Trono; las inspiraciones de los artistas de la fe, los esmaltes de su corona: lleva un manto que puede decirse tejido con las fibras de la vida nacional; lleva en su mano un cetro que representa el rayo de la victoria, y en su frente brilla el óleo sagrado como la materia cósmica en los espacios infi-

nitos; los pueblos lo reciben como legado de Dios, y le obedecen como el testamento de las generaciones muertas, indiscutible, inviolable, sacratísimo para las generaciones vivas; lo creen por la fe, lo obedecen por la fe, y lo sustentan por la fe; bien al revés de cuanto sucede á esos pobres reyes demócratas que nacen raquíuticos bajo el escarpelo de la crítica, y mueren sin gloria, sin honra, al pié de las barricadas!

¿Qué habeis querido, señores Diputados; qué habeis querido que fuera vuestro Rey? Porque, en primer lugar, le habeis dicho: «Rey de la Nacion española, sabrás que te discutirán constantemente; te discutirán constantemente tus súbditos; sabrás que cada periódico tendrá derecho y competencia á examinar tu origen, á registrar tus títulos y á proponer, primero en las reuniones públicas y luégo en los comicios, que tu reinado cese, que tu origen se niegue, y tus títulos se rompan; sabrás que ántes que tu persona y tu dinastía se encuentra la soberanía de la Nacion, en la cual residen esencialmente todos los poderes, y de la cual emanan esencialmente todos los derechos. Por consecuencia, tú no serás el representante de la antigua fe y las antiguas tradiciones; tú no serás la autoridad delegada de Dios; tú no serás nada, anterior ni superior, no digo á la sociedad ni á la Nacion, pero ni siquiera á las oscilaciones de la mayoría de una Cámara. El sufragio universal te recordará, estará recordándote siempre, que tu dinastía no será estable en España, y que deberás dejar, el dia en que lo pida, tu Trono al verdadero soberano, que es el pueblo.»

Señores Diputados: era muy difícil, difícilísimo, encontrar en Europa un Rey de esta madera, porque es tan difícil encontrar en la tierra un Rey demócrata, tan difícil como si buscáramos en el cielo un Dios ateo, un Dios que no creyera en su propia existencia. Así es

que habia muchas, muchísimas, dificultades para buscar y encontrar el Rey; y como todas las negociaciones diplomáticas entabladas para buscar y para encontrar un Rey caen bajo nuestra competencia, yo voy á examinar esas negociaciones; voy á hablar de muchas que el Congreso ignora; voy á hablar de muchas que pasaron en el seno de la emigracion, que no son secretas, que son absolutamente interiores de los partidos, pero que deben entregarse á la publicidad, con todo el respeto que los grandes asuntos merecen, para que se sepan y pasen esos hechos á la historia.

Señores Diputados, la última negociacion entablada para atraer al Duque de Aosta al Trono de España, por mi cuenta, la última negociacion fué la cuarta.

Yo diré cuál fué la primera; la primera fué poco despues de aquel 22 de Junio, que yo conmemoraba ayer y que recordaba al Sr. Presidente del Consejo, porque le recordaba una de sus victorias y una de nuestras derrotas. El general Prim se dirigió despues de sabida la triste catástrofe de Madrid, se dirigió á Italia; el general Prim tuvo una entrevista con hombres importantísimos de aquella nacion; se trató ya de que la casa de Saboya le prestára auxilio para la revolucion española. Hay más, señores Diputados; la casa de Saboya, al comienzo de su reinado en Italia, reciente la toma de Nápoles, gracias á la heroica abnegacion de Garibaldi, habíase de tal suerte ensoberbecido, que creia posible mezclarse en los asuntos interiores de España y hasta conspirar con nuestros eternos conspiradores. Lo cierto es que mandó aquí una embajada secreta, misteriosa, y esta embajada en Madrid se divirtió más que trabajó, y se fué sin haber hecho cosa de utilidad.

El general Prim celebró esta entrevista. Hubo promesas, mas no habia recursos. Yo no quiero compro-

meter á un hombre de Estado italiano, el cual tiene mucha influencia allí, y por consiguiente, no lo nombraré, no diré quién es; pero sí diré que me preguntaba, cuando yo fui á verle, y por cierto con una carta de Mazzini, me preguntaba: «Dígame V., el general Prim, ¿tiene en el bolsillo la Corona de España?» «No señor, le decia yo; la Corona de España es, por desgracia nuestra, patrimonio hoy de Doña Isabel II; y si Doña Isabel II cae, será patrimonio mañana del pueblo.» Y me dijo: «Pues cualquiera diria que llevaba la Corona de España en su maleta, segun la ofrece.» Y, señores, aquí está mi amigo D. José María Orense, que intervino en esta segunda parte para disuadir al general Prim, y que afirmará cuanto yo digo.

Viene la segunda negociacion; el Sr. D. Joaquin Aguirre pasó á Italia, y en Italia volvió á tratar con la casa de Saboya ó con sus representantes. La casa de Saboya volvió á negar todo género de auxilios y de recursos á la revolucion española. Digo esto para que vea el Congreso que así como los que ménos han hecho por esta revolucion son los que más se han aprovechado de ella, así la casa y la dinastía de Europa que ménos ha hecho por esa revolucion es la que más la ha aprovechado. Durísimamente fueron tratados los emigrados en Italia, mucho más duramente que en Francia, y de esto puede decir algo un general que estuvo emigrado, mi amigo el Sr. Contreras, que, segun van las cosas, llegará á emigrar otra vez y muy pronto. Pero el mismo hombre de Estado que me preguntaba cómo ofrecia el general Prim la Corona de España..... Sé muy bien lo que debo á la Presidencia y á la ilustre persona que la ocupa, y por lo mismo no la mezclo en este asunto, en que representó tambien un gran papel. Me limitaré, por tanto, á decir....., pero, no quiero decirlo, y sólo manifestaré que no fué

muy favorable su intervencion á la casa de Saboya.

Pues bien, iba á decir que el mismo hombre de Estado á quien aludí ántes, me manifestó que si le pedian consejo, no diria nunca á Víctor Manuel que mandase un Príncipe de su casa á España. « Y si me pregunta por qué, añadió, le citaré únicamente el capítulo VII del tratado del Príncipe de los políticos del mundo, de Maquiavelo, sobre la enseñanza de los Reyes, cuyo capítulo lleva este epígrafe: *De los Monarcas recientes que suben al Trono por las armas, por la proteccion ó por la fortuna de otros.* » Y decia el hombre de Estado á quien me refiero: « Estos Monarcas suelen ser siempre débiles; llegan al Trono con facilidad, pero caen con facilidad tambien. Sobre todo, cuando esos Monarcas sirven á un partido, cuando representan los intereses de un partido, caen el mismo dia en que sucumbe el partido cuyos intereses representan. » Y no insisto más en esta espinosa cuestion.

Por eso las Córtes se estremecian mil veces ante la solucion final, y se apartaban despavoridas del abismo. No habia ninguna razon plausible para acelerar soluciones preñadas de peligros ¡ay! gravísimos.

De los tres generales que habian consumado la revolucion, sólo uno estaba impaciente por cierta candidatura, ya olvidada: el general que llamaré de mar. Los otros dos, el general Serrano, que habia traído á la revolucion el ejército, y el general Prim, que habia traído el pueblo á la revolucion, amaban sobre todo la interinidad. Allá, en sus adentros, el general Serrano quizá estaba resignado al papel que yo le designára en mi discurso contra la Monarquía, al papel de Regente en la minoridad de la república. Pero habia un patricio, á la sazón Presidente de las Córtes soberanas, hoy Ministro de Fomento, patricio de rectitud y de consecuencia, que ponía sobre todo interes el interes monár-

quico, y que sin estimar la dificultad de establecer una libertad próspera, despues de una tiranía reciente, juzgaba que todos nuestros males se acabarían con el advenimiento del nuevo Rey. Buscar Rey en cualquier parte, á cualquier precio, fué su política. Él forzó la mano desde el Escorial á los dos generales. Bajo tal presion buscaban desalados un candidato. Ya era el Rey viudo de Portugal, ya el jóven Tomas de Saboya, ya el príncipe Leopoldo de Hohenzollern, ya el soldado de Sadowa, ya el soldado de Custozza. Ante todos habia la misma explosion de entusiasmo por parte de las fracciones dominantes, y la misma indiferencia por parte del pueblo. No podia estar el elegido muy satisfecho, pues lo mismo que él, pudo ser designado un Príncipe de Marruecos, que despertára en los partidos dominantes igual entusiasmo y en el pueblo igual indiferencia. Yo esperaba el dia en que era propuesto el príncipe Muley-el-Abbas, y los cortesanos del porvenir, en gran parte cortesanos del pasado, decian que ese Príncipe era el mejor, porque sus antecesores levantaron las maravillas de Córdoba y Granada, y porque era una prueba de lo arraigada que está entre nosotros la libertad religiosa, al ver sentado un moro en el Trono de San Fernando.

Por fin la casa de Saboya aceptó el presente de la Corona española, que no pudo aceptar cuando era ofrecida al príncipe Tomas, porque Napoleon estaba en el Trono, y Napoleon jamas hubiera consentido que dos Príncipes de una misma casa reináran, uno en los Alpes y otro en los Pirineos. La política británica, que quiere tener siempre en tutela á las naciones marítimas; la política británica, que eleva su pabellon en Malta para celar á Grecia é Italia; en Gibraltar para celar á España y al mediodía de Francia; su proteccion manifiesta en Lisboa para celar la desembocadura

del Tajo y su proteccion manifiesta en Brusélas para celar la desembocadura del Escalda; esa política británica allanó las dificultades que pudiera suscitar vuestra solucion. Yo admiro mucho la nacion inglesa. Mas declaro que no puede ser nuestra aliada mientras posea á Gibraltar.

La guerra universal ofrecida en aras de un Hohenzollern aprovechó á un Saboya. Las Córtes fueron convocadas, suspendidas y vueltas á convocar, segun crecian ó menguaban las probabilidades mayores ó menores del candidato. Á pesar de las precauciones tomadas para impedir toda discusion, el Rey fué discutido, diseado por el escalpelo de la crítica, letal para el prestigio que es necesario á las instituciones permanentes y perdurables. Los grandes y verdaderos Reyes, los que duermen, ya en el granito de las Pirámides, ó ya en el granito del Escorial, antiguos como el suelo de las naciones, sobre que han vivido, y respetados como sus dioses; los que confundian la genealogía de sus mayores con la genealogía de los héroes legendarios y de los semi-dioses; los que inspiraron desde *La Iliada*, hasta *El Romancero*, movieron desde el pincel de Rubens hasta el pincel de Velazquez, forjaron la espada de Bayardo y la espada de Gonzalo de Córdoba, y merecieron iluminar á Shakespeare, á Calderon y á Racine; aquellos que fundieron sus coronas inmortales á los ardores del fuego creador en las entrañas del planeta, eternos representantes, símbolos eternos de todo cuanto debe significar una Monarquía sobre la tierra, de la autoridad indiscutible, de la tradicion no interrumpida, de la estabilidad inmóvil, de la religion única, del prestigio arriba, de la obediencia y el silencio abajo, no comprenderian que se llamarán Reyes y que Reyes se creyeran los que en vez de nacer de la fe, de la abnegacion, de la lealtad, de las virtudes monárqui-

cas, han nacido de la duda, de la crítica, del libre examen, de la soberanía nacional, de la democracia, y deben sus coronas á ciento noventa y un plebeyos, los cuales, en vez de llevar en sus manos el óleo divino de la religion, llevaban la pólvora quemada en las rebeliones, y ofrecian por todo apoyo al nuevo Trono las sangrientas astillas de las barricadas del pueblo.

Nadie ha olvidado ni puede olvidar en España la tarde célebre de la sesion suprema: el pueblo airado; los ánimos inquietos; miles de amenazas en los aires; la guarnicion toda entera sobre las armas; los cañones á la puerta de Alcalá y á la bajada del Retiro; los sótanos de este Palacio y sus techos poblados de policia; las preguntas más audaces sobre la eleccion dirigidas desde estos bancos, ó desde aquellos bancos, y aceptadas, segun su naturaleza, entre explosiones, ya de risas, ya de aplausos; el escrutinio en que nuestra suerte fué decidida por ciento noventa y un Diputados; el escrutinio demostrando las divisiones profundas, irreconciliables, entre los partidos monárquicos y la amenazadora tenacidad del partido republicano; el resultado dicho, la proclamacion hecha en medio de sepulcral silencio, sin que saliese de este recinto un solo grito, una sola palabra de entusiasmo; violado, en fin, el Reglamento por un discurso polémico de la Presidencia, en que, para acallar á los religiosos se evocaba el catolicismo del convenio de Vergara, elevado á la categoría de Concilio ecuménico; para acallar á los republicanos, el sufragio universal y el voto popular en el momento mismo en que acababan de ser desconocidos con la negativa al plebiscito; y para entusiasmar á todos, virtudes domésticas, que yo reconozco, que yo respeto, pero que no pueden ser títulos excepcionales para aspirar á extraordinaria primacía en este pueblo español, pueblo sóbrio, pueblo austero, pueblo grave,

y que en amor á la familia y al hogar, nada tiene que aprender, nada, de extranjeros, puesto que en estas virtudes aventaja y excede á todos los pueblos de la tierra.

A los sucesivos dias, cuando de resultas de la eleccion los asistentes á reuniones políticas eran perseguidos por la policia; los escritores públicos encarcelados como en los peores tiempos; la hazañosa partida, que convertia en campo de Agramante el teatro de Calderon, considerada como una institucion precisa al nuevo régimen; el nombramiento de los municipios suspenso con menosprecio completo de las leyes; el estado excepcional en las provincias vascas, recrudescido con grande injuria y detrimento del Código fundamental, á todas luces perjurado; el Ministro demócrata destituido para preparar las elecciones más escandalosas que registran nuestros anales; el Reglamento tambien atropellado, y las autorizaciones del antiguo régimen arrancadas por violencia á una Asamblea desacatada y espirante; cuando tan tristes y dolorosos espectáculos veíamos nosotros, compendiábamos la situacion en estas supremas palabras: « Los comienzos del nuevo reinado son idénticos á las postrimerías del reinado que ha destruido la revolucion, y por consiguiente, los resultados serán los mismos; una nueva era de violencias en el poder y otra nueva era de conspiraciones y de levantamientos en el ejército y en el pueblo. »

Mientras tanto una Comision de las Cortes se embarcaba para notificar al nuevo Monarca su eleccion. Nadie habrá olvidado el célebre discurso dicho á bordo de la *Villa de Madrid* por el Presidente de las Cortes, por el jefe civil del partido progresista. En él se aseguraba que aquí, en España, las oficinas se abren al favor, los tribunales al valimiento, los Ministerios á las

recomendaciones, y que la Administracion, desde que la ocupaba el partido progresista, en vez de estar sembrada de estrellas, estaba sembrada de puntos negros. Gracias á la presencia de algunos extranjeros, el jefe del partido progresista se refrenó. Si los extranjeros no estuvieran, ¿qué hubiese dicho el jefe del partido progresista? Y para curar estos males de nuestra Administracion íbamos á buscar remedio á Italia, señores, á Italia. Yo soy justo. Italia nos gana en sentido estético, nos gana en artes plásticas, nos gana hasta en sentido científico, porque nosotros desgraciadamente no hemos tenido ni un Galileo, ni un Volta, ni un Galvini; pero en sentido moral, ni ahora ni nunca nos ha ganado Italia. La escuadra surcaba con rumbo á las playas italianas el Mediterráneo, el mar que en cada ola guarda un recuerdo gloriosísimo de las hazañas españolas. Pero no iba como la escuadra de Pedro III á ganar batallas en Nicotena y en Catania, á libertar á Palermo de los angevinos, á vencer en Sicilia; no iba como la escuadra de Roger de Flor á socorrer á Constantinopla, á grabar en Atenas y en el Asia nuestro glorioso nombre y nuestras luminosas barras; no iba como la escuadra de Alfonso V á iluminar con los resplandores de nuestras glorias las costas hermosísimas de Parténope; no iba como las escuadras de los Reyes Católicos y de Carlos V á llevar á Italia el heroismo de Gonzalo de Córdoba y á traer de Italia la poesía y la inspiracion de Garcilaso; no iba como la escuadra de D. Juan de Austria y del Marqués de Santa Cruz á libertar en las hirvientes aguas del golfo de Lepanto, llevando entre sus soldados un Cervantes, á libertar de la amenazadora argolla turca la rica Génova, la oriental y orgiástica Venecia; no iba llamada por los Prócidas y por los Dorias y por los Dux y por los señores italianos, y bendecida por los pueblos españoles,